

LOS VENCEJOS


colección andanzas

Agosto

Llega un día en que uno, por muy torpe que sea, empieza a comprender ciertas cosas. A mí me ocurrió mediada la adolescencia, quizá un poco más tarde, pues fui un muchacho de desarrollo lento y, según Amalia, incompleto.

A la extrañeza inicial siguió la decepción y luego ya todo ha sido un arrastrarse por los suelos de la vida. Hubo épocas en que me identificaba con las babosas. No lo digo por lo feo y viscoso ni porque hoy tenga yo un mal día, sino por la manera como estos bichos se desplazan y por la existencia que llevan, dominada por la lentitud y la monotonía.

No voy a durar mucho. Un año. ¿Por qué un año? Ni idea. Pero ese es mi último límite. Amalia, en el apogeo de su odio, solía reprocharme que nunca he madurado. Las mujeres poseídas por el rencor suelen escupir este tipo de improperios. Mi madre también odiaba a mi padre y esto yo lo comprendo. Él también se odiaba a sí mismo, de ahí su propensión a la violencia. ¡Vaya ejemplo nos dieron a mi hermano y a mí! Nos educan de puta pena, nos rompen por dentro y después esperan que seamos cabales, agradecidos, cariñosos, y que prosperemos.

No me gusta la vida. La vida será todo lo bella que afirman algunos cantantes y poetas, pero a mí no me gusta. Que no me venga nadie con alabanzas al cielo del ocaso, a la música y a las rayas de los tigres. A la mierda toda esa decoración. La vida me parece un invento perverso, mal concebido y peor ejecutado. A mí me gustaría que Dios existiera para pedirle cuentas. Para decirle a la cara lo que es: un chapucero. Dios debe de ser un viejo verde que se dedica desde las alturas cósmicas a contemplar cómo las especies se

aparean y rivalizan y se devoran las unas a las otras. La única disculpa de Dios es que no existe. Y aun así yo le niego la absolución.

De niño me gustaba la vida. Me gustaba mucho, aunque no me daba cuenta de ello. Por las noches, nada más acostarme, mamá me besaba en los párpados antes de apagar la lámpara. Lo que más me gustaba de mi madre era su olor. Mi padre olía mal. No mal en el sentido de la pestilencia, sino que se desprendía de él, incluso cuando se echaba perfume, un olor que me producía un rechazo instintivo. Mi padre (tendría yo siete u ocho años), un día, en la cocina, con mi madre en la cama por una de sus migrañas, como yo me negara a hincarle el diente a un filete de hígado y me vinieran arcadas con sólo mirarlo, se sacó, enfurecido, su pene enorme y me dijo: «Para tenerlo así algún día tienes que comerte este hígado y muchos más». Yo no sé si a mi hermano alguna vez le hizo lo mismo. A mi hermano, en casa, lo mimaban más que a mí. Se conoce que mis padres lo veían frágil. Él opina lo contrario y considera que yo era el favorecido.

De joven, la vida empezó a gustarme menos, pero todavía me gustaba. Ahora no me gusta nada y no pienso delegar en la Naturaleza la decisión sobre la hora en que habré de devolverle los átomos prestados. He previsto suicidarme dentro de un año. Hasta tengo ya prevista la fecha: 31 de julio, miércoles, por la noche. Es el plazo que me concedo para poner en orden mis asuntos y para averiguar por qué no quiero seguir en la vida. Espero que mi determinación sea firme. De momento lo es.

Hubo épocas en que quise ser un hombre al servicio de un ideal, sin conseguirlo. Tampoco me ha sido dado conocer el amor verdadero. Lo fingí con habilidad, a veces por compasión, a veces por la recompensa de unas palabras amables, de un poco de compañía o de un orgasmo, como me parece que hacían y hacen los demás. Puede que durante la escena del hígado mi padre me estuviera mostrando amor. El problema es que hay cosas que uno no comprende porque tampoco las percibe, aunque estén ahí delante, y porque, además, a mí el amor a la fuerza no me va. ¿Soy un pobre hombre, como repetía Amalia? ¿Y quién no lo es? Lo que pasa es que no me acepto como soy. No me va a dar pena dejar este mundo. Sigo teniendo un rostro agraciado, a pesar de mis cincuenta

y cuatro años, y unas cuantas virtudes de las que no he sabido obtener provecho. Gozo de salud, gano lo suficiente, tengo fácil acceso a la serenidad. A lo mejor me ha faltado una guerra, lo mismo que a papá. Papá se resarcía del deseo incumplido de entrar en batalla practicando la violencia con los suyos, con todo lo que perturbara su ritmo vital y consigo mismo. Otro pobre hombre.

2

Estábamos los cuatro pasando las vacaciones de verano en un pueblo de la costa alicantina. Papá, escritor frustrado, deportista frustrado, erudito frustrado, se ganaba el sustento dando clases en la universidad; mamá, juiciosamente decidida a librarse de la dependencia económica del marido, trabajaba de empleada en una oficina de Correos. Tocante a las finanzas nos iba todo lo bien que les puede ir en España a las familias de clase media. Teníamos un Seat 124 azul comprado de primera mano; Raulito y yo acudíamos a un colegio de pago; en agosto la familia se podía costear el alquiler de un apartamento con terraza y piscina comunitaria no lejos de la playa. Estoy por decir que poseíamos todo lo necesario para ser razonablemente felices. A esa edad, catorce años, yo pensaba que lo éramos.

Me había quedado una asignatura para septiembre. Con mi boletín de notas en la mano, mamá exhaló unos gemidos incriminadores y tuvo enseguida migraña, y papá, de reacciones más primitivas, me arreó una bofetada, me llamó zoquete y, acto continuo, siguió leyendo el periódico. Nada de esto alteraba la placidez de mi vida. De hecho, ya en mi infancia quería ser de mayor padre para pegarles a mis hijos. Lo tuve asumido como recurso educativo preferente desde muy temprano. Luego ni siquiera fui capaz de levantarle la voz a Nikita y así nos salió el muchacho.

En las vacaciones que evoco esta noche, las del verano en que suspendí una asignatura, fui testigo de una escena a raíz de la cual se me encendió una lucecita roja de alarma en el cerebro. Volvien-

do una tarde de jugar al minigolf, le metí a Raulito una lagartija entre la camiseta y el cogote. Cosa de chiquillos. Se asustó. No resultaba fácil para él tenerme como hermano. Un día, ya adultos los dos, al final de una celebración familiar me acusó de haberle jodido la niñez. Me quedé mirándolo. ¿Qué hacer? Opté por lo más cómodo. Le pedí perdón. «A buenas horas», replicó, recomido por un odio largamente incubado.

Al sentir la lagartija en la espalda, Raulito se sobresaltó de la manera cómica que yo deseaba suscitar. Se conoce que pisó en falso y, perdido el equilibrio, cayó por un terraplén pedregoso, lindante con un limonar. Se levantó como si tal cosa; pero, al verse las rodillas ensangrentadas, se arrancó a llorar a grito limpio. Le mandé que se callara. ¿No se daba cuenta de que me iba a meter en un lío? Mamá oyó los alaridos desde el apartamento y salió alarmada; papá detrás, tranquilo, supongo que cabreado porque un estúpido episodio familiar le había interrumpido la lectura, la siesta, lo que fuera. Mamá vio la sangre y, sin preguntar qué había sucedido, me sacudió una bofetada. Papá, como con desgana, me sacudió otra. Por regla general, mamá pegaba con más saña, pero hacía menos daño. Llevaron a Raulito al dispensario de la Cruz Roja, en el paseo que bordeaba la playa. Volvió una hora después al apartamento con un apósito en cada rodilla y el morro sucio de helado. Para que luego diga que no era el favorito de la familia.

A mí me castigaron sin cenar. Los tres estaban en silencio, sentados a la mesa, hincando el tenedor en unas rodajas grandes de tomate con aceite y sal, y yo los observaba a escondidas desde lo alto de una escalera de caracol, ya con el pijama puesto. Quería hacerle una seña a mi hermano para que más tarde me subiera algo de comer; pero el muy tonto no volvía la mirada hacia mí. Sobre el aparato de cocina humeaba una cazuela con sopa. Mamá le sirvió un plato a Raulito. Mi hermano agachó la cabeza como para inhalar el vapor que le subía a la cara. Y en mi escondite yo desfallecía de envidia y de hambre. Mamá se acercó de nuevo a la cazuela, esta vez con el plato de papá, y, cuando lo tenía lleno, disimuladamente escupió en la sopa. Escupir no es la palabra exacta. Lo que hizo fue dejar caer dentro del plato una hebra de saliva. La saliva colgó unos instantes de su boca hasta que se desprendió. Ella removió acto se-

guido el líquido con el cucharón y colocó el plato delante de papá. Desde lo alto de la escalera me entraron ganas de avisarle; pero me di cuenta de que primeramente yo tenía que entender lo que estaba sucediendo. Mis padres discutían a menudo. ¿Habrían discutido y por eso cenaban sin intercambiar palabras ni miradas? Me preguntaba si alguna vez mi madre también habría escupido en mi comida. A lo mejor las babas de mamá eran nutritivas; pero, en ese caso, ¿por qué no las había echado en el plato de Raulito? ¿Por qué discriminar al pobre querubín? A lo mejor, escupir a escondidas en la sopa del marido era una costumbre antigua que ella había aprendido en la niñez, observando a su madre o a alguna de sus tías.

3

Y en caso de que no me falte valor en el momento decisivo, ¿qué será de *Pepa*? No se la puedo endilgar a Patachula, que ya hace bastante con cuidármela alguna que otra noche en su casa. Menos mal que me he concedido un año para dejar resueltas esta y otras cuestiones de relevancia. *Pepa* ha cumplido trece años. Dicen que hay que multiplicar por siete para averiguar la edad humana equivalente; aunque no puede atribuírseles a todas las razas caninas la misma esperanza de vida. Convertida en señora, *Pepa* sería hoy día nonagenaria. Ya quisieran los ancianos de esa edad retozar como ella. En realidad, pertenece a Nikita. Podría, por tanto, dejar el animal atado a la puerta de su piso de okupas unas horas antes de poner fin a mis días. De momento no se me ocurre otra solución.

Amalia oponía una resistencia tenaz a acoger mascotas en casa. Nunca habíamos tenido una. Cuando surgió la idea del perro, ella no paraba de enumerar inconvenientes. Los perros manchan, requieren atención constante, se llenan de parásitos, generan gastos, enferman, se pelean con otros perros, alborotan, muerden, mean, cagan, apestan. Te encariñas con ellos y su muerte da mucha lástima. No me parece que Amalia anduviera sobrada de delicadeza al calcular lo que costaría una inyección letal.

Al principio, yo tampoco secundaba la idea de un perro en casa. El chaval insistía con el argumento de que a su mejor amigo del colegio le habían regalado sus padres uno y él no quería ser menos. Caí en la cuenta de que Nikita aumentaba su insistencia cuando estaba a solas conmigo. Entonces comprendí que trataba de ganarme para su causa a escondidas de la madre inflexible. Estaba claro que yo era para él el miembro blando o más accesible de la jefatura familiar. No se expresaba de esta manera; pero bien poco me costaba adivinarle el pensamiento. Aquello, lejos de molestarme, me enterneció. En el fondo no había menosprecio hacia su padre, sino una suerte de identificación. Camaradas en la debilidad, tan sólo uniendo nuestras fuerzas frente a la hembra dominadora tendríamos posibilidades de alcanzar los objetivos que él y yo nos propusiéramos. Y, por supuesto, las unimos. A partir de cierto momento fui yo quien mostró mayores deseos de adquirir un perro. Para lograr dicho propósito, adopté las mánitas de un hombre analítico, didáctico, profesoral. Fracasé. Le pedí consejo a Marta Gutiérrez, la única persona del instituto que me inspiraba la suficiente confianza como para exponerle un asunto privado. Si se le ocurría, le pregunté, la manera de persuadir a una mujer dura a que se diese a partido en una porfía familiar. Ella quiso saber si me refería a la mía. «No, en general.» «No hay mujeres en general.» «Bueno, pues sí, a la mía.» Y le conté lo del perro y le describí en pocos rasgos el temperamento de Amalia. Me aconsejó que la abordase por el lado de la inteligencia emocional, a lo que yo le respondí diciéndole que no le había entendido más que si me hubiese hablado en chino. Todo lo que tenía que hacer, contestó, era fomentar en Amalia la mala conciencia. ¿Cómo? Tanto mi hijo como yo debíamos mostrarnos melancólicos e infelices, haciéndole creer a ella que era por su culpa. Cabía entonces la posibilidad de que se sintiese injusta, o al menos incómoda consigo misma, y concibiese dudas y terminara cediendo aunque sólo fuese por tener la fiesta en paz. Según Marta Gutiérrez, esta estrategia no siempre funciona; pero por probar nada se perdía.

Funcionó, si bien al precio de aceptar una serie de condiciones y normas impuestas por Amalia, quien las remató con una declaración rotunda: ella no se ocuparía ni un instante del animal. Ni de sacarlo de paseo, ni de darle de comer, ni de nada. Y en prueba

de que no hablaba por hablar, el primer día se negó a que la perra se acercara a su lado. La cachorrilla no debió de entender los ademanes de rechazo e insistió en subirse a las piernas de Amalia, sacudiendo la cola en ofrecimiento de amistad. «¿A qué esperas para acariciarla?», le dije a Amalia. Me replicó señalando algo con el dedo índice: «¿A qué esperas tú para limpiar eso?». La perra se había meado en la alfombra. Primero con agua y un paño, después con el secador de pelo, logré que no quedara marca. Tampoco olor. La orina de los cachorros apenas huele. Amalia, recelosa, se puso a cuatro patas para comprobarlo. Se mofó de todos los nombres que se nos ocurrían a Nikita y a mí. La desafiarnos: «Pues ponle tú uno». «Pepa», dijo secamente. «*Pepa*, ¿por qué?» «Por nada.» Y ese fue el nombre que le pusimos.

4

La primera nota anónima que encontré en el buzón estaba escrita a mano, con el texto íntegro en letras mayúsculas. «Esto es cosa de algún vecino quisquilloso», pensé. Tampoco se me pasó por la cabeza que con aquella nota comenzaba una serie que habría de prolongarse cerca de doce años. Hice con el trozo de papel una bolita y, al salir a la calle, de anochecida, lo arrojé a un charco. Todo lo que recuerdo es que contenía una amonestación de apenas dos líneas por no haber recogido del suelo las cacas de la perra. En una de las frases figuraba la palabra *marrano*. Siempre llevo al menos dos bolsas preparadas en el bolsillo; pero confieso que al principio (más tarde ya no) podía ocurrir que yo caminara absorto en mis reflexiones, o pensando en las clases del día siguiente, o simplemente me diera pereza agacharme y, convencido de que nadie me veía, olvidara los excrementos de *Pepa* dondequiera que hubiesen caído. Cabe la posibilidad de que la nota sin nombre ni fecha estuviera dirigida a Nikita, que a veces también sacaba la perra a pasear. A Amalia no le dije ni una palabra del asunto.

Ignoro por qué viajamos los cuatro, a principios de los setenta, a París y no, pongo por caso, a Segovia, a Toledo, a cualquier sitio más cercano donde la gente se expresa en nuestro idioma. Papá chapurreaba algo de francés; mamá, ni jota. Otra razón del viaje acaso fuera impresionar a los vecinos o demostrar a nuestros parientes que éramos una familia armónica y próspera.

Había un río. No estoy seguro de que yo conociera por entonces su nombre o quizá sí, qué más da. Tampoco sabría decir qué puente estábamos cruzando ni adónde íbamos. Lo que no he olvidado es que yo me había retrasado cosa de seis o siete pasos. Por delante caminaban mamá y papá con Raulito en medio. Lo llevaban cogido de la mano y parecían conectados a través de él. Me daba la sensación de que lo querían más que a mí. Aún peor, que a él lo querían y a mí no, o que se ocupaban de él y a mí me tenían abandonado. En cualquier momento me podía atropellar un coche o una moto y ellos, sin percatarse del accidente, seguirían su camino como si nada. La idea del desinterés que me mostraban me hacía sufrir. Y entonces ahí estaban el pretil fácil de escalar y abajo el río con sus aguas turbias y tranquilas en las que se espejaba el sol de media tarde. Me acuerdo bien del ruido del impacto y de la sorpresa que me produjo la brusca sensación de frío. Según caía, oí los gritos de una mujer.

Antes que me entrara agua en la boca, unas manos poderosas tiraron de mí hacia la superficie. Papá perdió los zapatos en el río. En los años siguientes, él contaba con orgullo lo que consideraba la mayor proeza de su vida. En el fondo, estaba encantado de que se le hubiera estropeado el reloj, un reloj de pulsera al parecer valioso que alguna vez había pertenecido a su padre. Con frecuencia le salía la vena heroica. Puesto a elegir entre el reloj o un hijo, no lo había dudado.

Ni mamá ni él me riñeron. Y mamá estaba tan fuera de sí y tan agradecida que, en medio de la gente que nos rodeaba en el paseo junto a la orilla, se abrazó a papá, mojado de pies a cabeza, y le picoteó unos cuantos besos por toda la cara. A papá le gustaba

bromear diciendo que yo había nacido dos veces. La primera, mamá me había dado la vida; la segunda, él.

Recuerdo, en la habitación del hotel, la cartera negra, el pasaporte, los francos en billetes y otras pertenencias de papá puestas a secar sobre los muebles. Por la noche, los cuatro celebramos en un restaurante que yo no me hubiera ahogado y papá se bebió él solo una botella de vino. Se le formó un lamparón morado en la pechera de la camisa; pero esa vez a mamá no le debió de parecer bien echárselo en cara.

6

Ayer fui a ver a mamá. Como de costumbre, me cercioré de que el coche de Raúl no estaba en el aparcamiento. Si está, no subo. En otras circunstancias no me importa entablar conversación con él; pero cuando visito a mamá la quiero toda para mí. Si nada lo impide, suelo ir a la residencia una vez por semana, aunque últimamente, lo confieso, he fallado un poco. Es importante comprobar que mamá recibe a todas horas un trato digno. De momento no tenemos queja. Con frecuencia solicito información sobre su estado de salud y procuro que el personal del centro se percate de que inspecciono la habitación y husmeo en el armario y las pertenencias de mi madre. Raúl hace lo propio. Fue su idea que nos mantuviéramos vigilantes, incluso al precio de parecer pelmas, y yo acepté. Hay viejos en la residencia a los que no visita nadie. Los llevan allí como quien se desprende de un trasto inútil. Me puedo imaginar que los cuidadores se esmeran menos con ellos que con otros cuyos familiares pueden aparecer en cualquier instante y elevar una protesta a la dirección o publicar una crítica en la prensa o en las redes sociales en caso de que algo no esté en regla.

Hace tiempo que mamá no nos reconoce. Esto, al principio, fue un duro golpe para Raúl, que llegó a pedir la baja por depresión. Quizá hubiera otras causas de su trastorno agravadas por el apagón cerebral de mamá. No estoy seguro ni tengo deseos de pre-

guntárselo. Tampoco descarto la posibilidad de que mi hermano se hubiera inventado lo de la baja laboral para demostrarme alguna cosa de la que finalmente yo no me he dado cuenta; pero que sin duda vendría a confirmar que ante un determinado problema, asunto, situación, él ha obrado bien y yo mal.

El deterioro mental de mamá fue paulatino. Yo entiendo que el alzhéimer la exonera del llamado sentimiento trágico de la vida. No hay más que ver cómo se va apagando sumida en la apatía. Raúl le llevó en cierta ocasión una foto suya por si a ella le venía de improviso un golpe de lucidez. Ahí sigue el cachivache enmarcado, ocupando sitio encima de la mesa, sin más utilidad que si se tratara de un animal disecado.

Dentro de lo que cabe, ella está bien. Un poco torcida de espalda y muy delgada. Ayer, cuando me dirigía al ascensor, una cuidadora me comunicó que mi señora madre acababa de conciliar el sueño. Tomé asiento al costado de su cama y me dediqué a observarla. Yo advierto serenidad en sus facciones. Eso me da mucha satisfacción. Si la viera sufrir, me volvería loco. Respiraba con tranquilidad y me parecía percibir la insinuación de una sonrisa en sus labios. Es posible que en el sueño ella vea imágenes del pasado, aunque dudo que sepa atribuirles un sentido.

Presiento que mamá seguirá con vida el año que viene por estas fechas. Si alguien le fuera entonces con la noticia de mi fallecimiento, ella no la entendería. Ni siquiera notará que he dejado de visitarla. He ahí otra ventaja de padecer alzhéimer.

En un momento dado, acerqué la boca a su oído y le susurré: «Me voy a quitar la vida el último día de julio del próximo verano».

Mi madre continuó durmiendo sin inmutarse.

Añadí: «Una vez te vi escupir en la sopa de papá».

7

Me ha interesado mucho una entrevista con un conductor del metro. Llena una página del periódico. Va de las personas que se arro-

jan a las vías y de las secuelas psicológicas que este hecho, al parecer frecuente, deja en el hombre que presencia el suicidio a poca distancia y no puede evitarlo por más que se apresure a accionar los frenos. No todos los suicidas logran su objetivo. Según las estadísticas, más de la mitad sobrevive, no raras veces con horrendas mutilaciones. Este último detalle me ha producido escalofríos mientras leía. La idea de acabar paralítico o sin piernas en una silla de ruedas no es algo que me cause especial ilusión. ¿Quién se ocuparía de mí?

Por la tarde, en el bar de Alfonso, he revelado a Patachula mi plan. Me acuciaba la urgencia de conocer una opinión que no fuera la mía y él es hoy por hoy mi único amigo. La reacción de Patachula merece el calificativo de eufórica. ¡Y yo que pensaba que se iba a horrorizar y trataría por todos los medios de disuadirme!

Por un momento he pensado que se estaba quedando conmigo. Se lo he preguntado sin rodeos. Es entonces cuando me ha confesado que a él también le ronda de unos años a esta parte la tentación de quitarse la vida. Motivos, desde luego, no le faltan, empezando por su problema físico, aunque con la prótesis oculta dentro del pantalón y el calzado lo disimula bien.

Patachula no estaba al corriente de la entrevista. Como en el bar no tenían el periódico, aunque suelen tenerlo, al menos hasta que el sinvergüenza de turno se lo lleva, ha salido a toda prisa a comprarse uno en el quiosco. Me consta la afición que mi amigo profesa a los temas luctuosos, incluido por supuesto el suicidio o muerte voluntaria, que es la denominación por él preferida. Afirma haber estudiado en profundidad todo lo concerniente a la cuestión y leído una gran cantidad de libros sobre la materia.

Hemos repasado juntos la entrevista. El entrevistado, un varón de cuarenta y cinco años y veinticuatro de experiencia en el oficio, se queja de que en los medios informativos se habla siempre del que se ha tirado al tren, pero nunca del que lo conducía. Su primer caso de suicidio fue el de una chica de diecisiete años. Aquello le costó nueve meses de baja laboral. Abunda en pormenores de otros suicidios. A mi lado, Patachula leía y comentaba con delección las respuestas del entrevistado. Se ha ofrecido a ejercer de asistente en mi suicidio. Incluso se da tiempo para decidir si me

acompañará en la aventura. Razona: «Es que no me quiero quedar solo». No hay un rasgo de su cara que no exprese entusiasmo. De pronto, se pone serio. Me desaconseja que me tire al metro. «Por Dios, no se les puede hacer una putada tan grande a los maquinistas.» Con el dedo índice señala un pasaje de la entrevista en que el entrevistado cuenta que todavía se le aparece en sueños la mirada de un viejo apenas un segundo antes de ser arrollado.

Patachula ignora que en mis escritos confidenciales lo llamo Patachula.

8

Alguien llamó por teléfono a mamá hacia la medianoche. Algún conocido, algún pariente, quizá una persona de la vecindad la sacó de la cama con intenciones que, juzgadas desde mi perspectiva actual de adulto, no me parecen del todo limpias.

¿Vuelvo de nuevo a los recuerdos de la niñez? Va a resultar que es cierto que uno, cuando avista su final, instintivamente lleva a cabo un visionado de toda su vida. Esto lo he leído y escuchado más de una vez. Pensaba que se trataba de una necesidad; pero empiezo a pensar que no. Sigo.

Raulito y yo dormíamos en nuestra habitación compartida, cada cual en su cama, y al día siguiente nos esperaba una jornada normal de colegio. Yo tendría por entonces nueve años. Fue, en todo caso, después del viaje a París. De repente se encendió la luz. Mamá, descalza y en camisón, nos despertó zarandeándonos y metiéndonos prisa para que nos vistiéramos. Muerto de sueño, le pregunté qué pasaba. No hubo respuesta.

Minutos más tarde, los tres bajamos las escaleras del edificio a toda pastilla, mamá con Raulito de la mano y yo detrás. Conjeturo que mamá no quería que los vecinos oyesen desde sus casas el ruido del ascensor o simplemente no tuvo paciencia de esperarlo. En cada descansillo se volvía y me conminaba con un dedo sobre los labios a guardar silencio, aunque yo iba la mar de callado.

Nada más salir a la calle nos golpeó una ráfaga de frío invernal. El cielo estaba completamente oscuro. Casi no se veía gente a la luz de las farolas. Nuestras bocas expelían vaho. Después de un tiempo, mamá, en el borde de la acera, logró parar un taxi. Nos sentamos los tres en el asiento trasero, mamá en medio. Yo no sabía adónde íbamos ni con qué fin, y mamá me dio un pellizco para que dejase de hacer preguntas. Señaló el cogote del taxista con una sacudida enérgica de barbilla. Entonces entendí que aquel señor no debía oír lo que hablábamos. Me invadió la sensación inquietante de que nos habíamos escapado de casa y me apenaba la idea de haber perdido para siempre mis juguetes. ¡Qué rabia no haberme llevado alguno! Yo iba ocupado en estos pensamientos. Raulito se había vuelto a dormir. Mamá se lo puso en el regazo y lo abrazaba.

Nos bajamos delante de un bar, no sabría yo decir en qué calle. Mamá nos dijo que estuviéramos quietecitos frente a la entrada, sin movernos, que enseguida alguien nos vendría a recoger y nos llevaría de vuelta a casa. A continuación cerró la puerta del taxi y se marchó, dejándonos a mi hermano y a mí solos y ateridos en una acera estrecha, a las tantas de la madrugada. Raulito me preguntó si le dejaba un rato los guantes. Le dije que yo también tenía frío y que por qué no se había traído los suyos. Le pregunté si tenía miedo. Dijo que sí. Lo llamé cobarde, gallina, capitán de las sardinas.

No recuerdo cuánto tiempo permanecimos mi hermano y yo delante de aquel bar; por lo menos veinte minutos, durante los cuales no vimos entrar ni salir a nadie. Detrás de los vidrios brillaban unas bombillas rojas y eso es todo lo que recuerdo. Por fin se abrió la puerta. A nuestros oídos llegó un chorro de voces y risas envuelto en música. Un hombre alto, con dificultades para caminar, salió a la acera agarrando a una mujer a la que trataba de besar en los pechos sin conseguirlo, ya que ella se zafaba de sus acometidas, aunque sin dejar de reír. Raulito reconoció enseguida al hombre. «¡Papá!», dijo. Y echó a correr hacia él.

Patachula me llamó anoche por teléfono, cuando yo ya me había dormido. Me alarmé pensando en que Nikita hubiera sufrido un accidente o estuviera cubierto de sangre ajena en un calabozo de la policía. Le pregunto a Pata si se ha percatado de la hora que es. Me entró tal coraje al oír su voz que por poco se me escapa llamarlo por el mote. Que sí, que perdone; pero, como mañana se va de vacaciones, prefiere llamarme ahora, en la confianza de que resulte de mi interés lo que me quiere contar.

Desde que le revelé (¡en mala hora!) mi propósito para el año que viene le ha dado por emprender investigaciones sobre la muerte voluntaria. Le encanta decir muerte voluntaria. Se nota que disfruta con el tema y que paladea cada dato, cada concepto, cada cita. Empiezo a pensar que no me toma en serio. ¿Y si le dijera que he desechado el plan, en el que ya sólo veo el fruto de un arrebato pasajero? De este modo podría quizá librarme de su cargante, indestructible y, por supuesto, pueril entusiasmo.

Me contó que en algunos reinos de la Edad Media los cadáveres de los suicidas eran mutilados como castigo. La peor parte se la llevaba la cabeza. Mientras habla, miro el despertador. Las doce y cuarto. Me dan ganas de colgar. No lo hago. Pata es mi único amigo. Volví a prestarle atención. Ataban la cabeza a una caballería y la arrastraban por las calles en señal de advertencia para los vivos. Luego la exponían en la plaza o la colgaban de un árbol. Que qué opino.

De vuelta en la cama, me era imposible conciliar el sueño, no por causa de la disertación que acababa de encasquetarme Patachula, que a decir verdad, con sus truculencias y todo, me traía al pairo, sino por un asunto que me ocupa con fuerza estos días. Y es que aún no tengo decidido si después de las vacaciones me reincorporaré o no al instituto. ¿Qué sentido tiene seguir trabajando y aguantar a los compañeros odiosos, salvo dos o tres, y a la directora, la más odiosa de todos, y a esas bestias llamadas comúnmente alumnos? Podría invertir mis ahorros en pasármelo en grande durante un año. Podría viajar a esos países que siempre quise visitar. El problema es que *Pepa* me retiene en casa. No se la puedo endosar